

02 DE FEBRERO: PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

CICLO A

2^a Lectura (Hebr. 2, 14-18)



“Tenía que parecerse en todo a sus hermanos”

«Los hijos de una familia son todos de la misma carne y sangre, y de nuestra carne y sangre participó también Jesús; así, muriendo, aniquiló al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo, y liberó a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos. Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser

compasivo y pontífice fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar así los pecados del pueblo. Como él ha pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella.» (Hebr. 2, 14-18).

“Los hijos de una familia son todos de la misma carne y sangre”: Con esta expresión “carne y sangre”, se refiere S. Pablo a la naturaleza humana en su condición frágil, proclive al pecado e incapaz de conseguir la salvación por sí misma:

*«Os digo esto, hermanos: **La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.**» (1 Cor. 15, 50).*

La actividad de la “carne y sangre” no es muy recomendable, ni su consejo tan aconsejable:

*«Tuvo a bien (el Señor) revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles, al punto, **sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre.**» (Gál. 1, 16).*

*«Replicando Jesús le dijo: “Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque **no te ha revelado esto la carne ni la sangre**, sino mi Padre que está en los cielos.”» (Mt. 16, 17).*

Pues bien, toda la entera humanidad: “*los hijos de una familia*”, la familia humana, participa de esta misma condición frágil y pecadora propia de la “carne y sangre”, dañada por Adán.

Una sola excepción hay que escapa a este cataclismo moral de la humanidad, la Familia de Nazaret, pero tampoco escapó al cataclismo del dolor y la muerte.

“Y de nuestra carne y sangre participó también Jesús”: El Señor se humilló hasta el extremo de asumir una carne infecta para sanearla y salvarla:

«Se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre.» (Filp. 2, 7).

«Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne.» (Rom. 8, 3).

Jesús asume todo el lastre material de la condición humana haciéndose solidario del pobre hijo de Adán, en orden a alentarlo y salvarlo:

«Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado.» (Hebr. 4, 15).

“Así, muriendo, aniquiló al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo”: La finalidad primera de asumir Jesús la naturaleza humana fue salvar al hombre y después fue la de “aniquilar” al diablo:

«Luego, el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad.» (1 Cor. 15, 24).

«Entonces se manifestará el Impío, a quien el Señor destruirá con el soplo de su boca, y aniquilará con la Manifestación de su Venida.» (2 Tes. 2, 8).

La muerte es consecuencia del pecado, y la vida es consecuencia de la misericordia de Dios para el cristiano que cree y vive su Evangelio:

«Pues el salario del pecado es la muerte; pero el don gratuito de Dios, la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.» (Rom. 6, 23).

Pero Jesús vino, además de para dar vida a los muertos, también para dar muerte a la muerte que vive:

«(Cristo Jesús) ha destruido la muerte y ha hecho irradiar vida e inmortalidad por medio del Evangelio.» (2 Tim. 1, 10).

«El último enemigo en ser destruido será la Muerte.» (1 Cor. 15, 26).

Al asumir Jesús la naturaleza humana, asume tu muerte para darte la vida, y dando Jesús su vida por ti, dio muerte a la muerte y “*al que tenía el poder de la muerte, al diablo*”.

No sospechó Satanás que alguien pudiera hacerle una jugada tan letal, como la que le hizo Jesús, asumiendo su sistema demoledor para con la raza humana enviándola al sepulcro. Y fue aquí donde quedó derrotado, con la misma arma que usaba el enemigo de la vida:

«(Dios) se hace efectivamente hombre perfecto a fin de provocar, con la vista del manjar de su carne, la voracidad insaciable y ávida del dragón infernal; y abatirlo por completo cuando ingiriéra una carne que habría de convertírsele en veneno, porque en ella se hallaba oculto el poder de la divinidad. Esta carne sería al mismo tiempo remedio de la naturaleza humana, ya que el mismo poder divino presente en aquella habría de restituir la naturaleza humana a la gracia primera.

Y así como el dragón, deslizando su veneno en el árbol de la ciencia, había corrompido con su sabor la naturaleza, de la misma manera, al tratar de devorar la carne del Señor, se vio corrompido y destruido por la virtud de la divinidad que en ella residía.» (S. MÁXIMO CONFESOR, Abad, De los Capítulos de las Cinco Centurias, 1, 8-13; PG 90, 1182-1186; Breviario I, 4 de Enero. Oficio de Lecturas; págs. 446-447).

“Y liberó a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos”: Al asumir Cristo Jesús la naturaleza humana y morir por ella, queda el hombre salvado del pecado y de la muerte, que lo tenían atenazado.

Presenta S. Pablo al hombre frente a la muerte, como el esclavo frente a su amo, con miedo: “*miedo a la muerte*”, pero Cristo Jesús lo libera al hombre de esta servidumbre y lo hace libre. ¿Y cómo le quita este miedo Jesús al hombre, si el hombre de todos modos morirá? –Por la esperanza en la resurrección y en la vida bienaventurada inmortal; más aún, le dice que no quiera temer más a esa enemiga de la vida:

«No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna.» (Mt. 10, 28).

“Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán”: Primera-mente, Jesús “tiende una mano” al pueblo judío: “Hijos de Abraham”, pero también a todos los que creen, que éstos también son hijos de Abraham.

«Y tú, Israel, siervo mío, Jacob, a quien elegí, simiente de mi amigo Abraham.» (Is. 41, 8).

«Y sacándole afuera, le dijo (Dios a Abraham): “Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas.” Y le dijo: “Así será tu descendencia.”» (Gén. 15, 5).

No hace falta pertenecer a la genealogía carnal de Abraham para ser herederos de la Promesa, pero sí es necesario tener la fe de Abraham:

«No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido.» (Gén. 17, 5).

«Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa.» (Gál. 3, 29).

«Por eso depende de la fe, para ser favor gratuito, a fin de que la Promesa quede asegurada para toda la posteridad, no tan sólo para los de la ley, sino también para los de la fe de Abraham, padre de todos nosotros, como dice la Escritura: Te he constituido padre de muchas naciones: padre nuestro delante de Aquel a quien creyó, de Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean.» (Rom. 4, 16-17).

“No a los ángeles”: Si Jesús hubiera asumido la naturaleza angélica, no hubiera podido morir y matar a la muerte con su muerte. Fue ne-cesario asumir una naturaleza mortal: desde la mortalidad humana puede ya Jesús matar a la muerte, muriendo Él mismo. Aunque su primera intención no es bíblica, sino consolar al hombre asumiendo su condición, liberándolo del pecado y de la muerte eterna, y dándole la vida gloriosa en el seno de la Trinidad beatísima.

“Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser compasivo”: Al asumir Jesús la naturaleza humana en su totalidad, tiene experiencia vivencial de lo que es la fragilidad humana, tiene un motivo poderoso para compadecerse del pobre hijo de Adán, babeado por Sátanás, y así tener misericordia de él dándole gloria sempiterna. Y hasta tal punto asumió Jesús la condición humana que llegó a extremos lamentables:

«*Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: “Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.” Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: “Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú.”» (Mt. 26, 37-39).*

Y también predica a los fariseos y a todas las gentes la importancia de la misericordia para con el hombre:

«*Id, pues, a aprender qué significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.*» (Mt. 9, 13).

«***Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.***» (Mt. 5, 7).

La función sacerdotal exige del sacerdote tener entrañas de misericordia para con los hombres: “*para ser compasivo*”. Queda aquí orientada la dirección que debe llevar la función del sacerdote en la nueva economía de la salvación: ¡Misericordia!

“Y pontífice fiel en lo que a Dios se refiere”: El Sumo Sacerdote asume la condición de intermediario entre Dios y los hombres, pero Cristo Jesús no hubiera podido hacer de intermediario en favor de los hombres ante Dios, es decir, ponerse entre los hombres y Dios, ya que Él mismo es Dios, sino que tuvo necesariamente que asumir la naturaleza humana, mediante la encarnación, para poder asumir esta función de intermediario entre Dios y los hombres. Y así Jesús es Sumo Sacerdote precisamente en razón de su naturaleza humana.

«Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados.» (Hebr. 5, 1).

La condición compasiva del Sumo Sacerdote no le impide a Jesús ser fiel a Dios: “Pontífice fiel”. Y así, pagará en justicia la deuda del hombre para con Dios, satisfaciendo de esta manera y aplacando a Dios por la ofensa de Adán. Jesús es compasivo con los hombres y fiel a Dios.

«Considerad al apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra fe, a Jesús, que es fiel al que le instituyó.» (Hebr. 3, 2).

“Y expiar así los pecados del pueblo”: Explicita aquí S. Pablo la función expiatoria y reparadora de Jesús en favor de los hombres.

Si no es la primera función de Cristo Jesús como hombre derrotar al demonio, tampoco lo es primera la redención de la humanidad. Entonces, ¿cuál es la primera intencionalidad de Cristo Jesús al tomar carne humana? –La gloria del padre:

«Al entrar en este mundo, dice: Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo –pues de mí está escrito en el rollo del libro– a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (Hebr. 10, 5-7).

“Como él ha pasado por la prueba del dolor”: Repite S. Pablo de modo machacón la idea de la participación de Jesús en la condición humana, pero ahora se centra en esa vertiente del dolor, en los sufrimientos que tuvo que padecer en su vida terrena.

«Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustía. Entonces les dice: “Mi alma está triste hasta el punto de morir.”» (Mt. 26, 37-38).

“Puede auxiliar a los que ahora pasan por ella”: Gracias a la encarnación del Verbo de Dios, el hombre queda asumido en su naturaleza y en su devenir histórico, también en el dolor. Y así, cuando un cristiano sufre, Cristo sufre con él, pero no sólo sufre, sino que lo auxilia en su

tribulación, pues Jesús también pasó antes por ese dolor, y, movido a misericordia, lo auxilia generosamente.

3^a Lectura (Lc. 2, 22-40)



“Mis ojos han visto a tu Salvador”

«Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor (de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: “Todo primogénito varón será consagrado al Señor”) y para entregar la oblación (como dice la ley del Señor. “Un par de tórtolas o dos pichones”).

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres (para cumplir con él lo previsto por la ley), Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

“Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel”.

[José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre: –Mira: Éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida; así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, y llevaba ochenta y cuatro de viuda; no se apartaba del templo día y noche sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel.

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.]» (Lc. 2, 22-40).

El presente evangelio de la Presentación del Señor en el Templo expresa dos preceptos establecidos en el Antiguo Testamento para el pueblo judío:

1. Consagración del primogénito:

«Conságrame todo primogénito, todo lo que abre el seno materno entre los israelitas. Ya sean hombres o animales, míos son todos.» (Ex. 13, 2).

2. Purificación de la madre:

«Habla a los israelitas y diles: Cuando una mujer conciba y tenga un hijo varón, quedará impura durante siete días; será impura como en el tiempo de sus reglas. Al octavo día será circuncidado el niño en la carne de su prepucio; pero ella permanecerá todavía 33 días purificándose de su sangre. No tocará ninguna cosa santa ni irá al santuario hasta cumplirse los días de su purificación... Al cumplirse los días de su purificación, sea por niño o niña, presentará al sacerdote, a la entrada de la Tienda del Encuentro, un cordero de un año como holocausto, y un pichón o una tórtola como sacrificio por el pecado. El sacerdote lo ofrecerá ante Yahveh, haciendo expiación por ella, y quedará purificada del flujo de su sangre. Esta es la ley referente a la mujer que da a luz a un niño o una niña. Mas si a ella no le alcanza para presentar una res menor, tome dos

tórtolas o dos pichones, uno como holocausto y otro como sacrificio por el pecado; y el sacerdote hará expiación por ella y quedará pura.» (Lev. 12, 2-4, 6-8).

“Cuando llegó el tiempo de la purificación de María”: Dada tu tendencia al mal, S. Lucas te propone una lección magistral de pureza: si aquel fue “el tiempo de la purificación de María”, ¿puede alguien decirme de qué se tenía que purificar? La que fue pura, más aún, la que fue todavía más purificada por el parto virginal de Dios, ¿de qué se tenía que purificar? Y si aquel fue tiempo de purificación, ¿de qué es este tiempo nuestro tan corrupto? Si la pureza se va a purificar, ¿tú qué? Pero la pureza no se va a purificar, sino que te va a purificar a ti: Ella lleva consigo el pecado de la humanidad, y el pecado de la humanidad queda sacrificado en aquel corderillo que lleva en su regazo. Y de esta suerte, desaparece tu pecado, queda purificada la raza humana, ahora como signo, luego como realidad.

El ejemplo de la Madre de Dios es una invitación a purificarte también tú de tu pecado: arrepéntete de tus pecados, confiesa, ora, haz penitencia... Todo lo demás es ciencia ficción. Una vez que hayas hecho la purificación de tu alma, estarás capacitado para presentar a Dios el fruto de tus obras.

El que tu tiempo sea “el tiempo de la purificación de María”, es motivo para engarzar tu vida en el tiempo mariano que vives y dejarte purificar por María SS., tu Madre, que lleva la purificación en su regazo, Cristo Jesús. El influjo que ha de tener tu vida en la historia debe estar totalmente investido de esa condición mariana, que es tiempo que le hace digno del tiempo de María. Por otra parte, este tiempo mariano en que tú vives inmerso, dignifica tu vida hasta dejarla toda ella transida de marialidad.

“Según la Ley de Moisés”: Deja aquí constancia S. Lucas del cumplimiento de la prescripción legal mosaica. José y María eran fieles cumplidores de las prescripciones legales del Antiguo Testamento. No se eximen, se aúnan con el resto del pueblo de Dios.

La normativa mosaica respecto de la purificación de la mujer después del parto está toda ella orientada a una realidad de futuro, que en este momento del “tiempo de la purificación de María” tiene su cumplimiento cabal.

“Llevaron a Jesús a Jerusalén”: Jesús entra en el Templo a los 40 días de su nacimiento, y entra como Rey eterno que es, y le salen al encuentro, como a los grandes reyes, el senado más representativo del Templo: Simeón y Ana, y el Sumo Sacerdote. El cortejo que lleva el Mesías Monarca no es otro que la Reina Madre, Reina de todo lo creado y el Patriarca de la Iglesia, S. José.

José y María llevaron a Dios a Jerusalén: tú ¿a quién llevas y a dónde? Todo aquel que lleva en sí a Jesús, se siente impulsado a llevarlo a lugares santos, no profanos. Y tú, que eres templo santo de Dios, ¿dónde vas? —Tendrás que estar toda tu vida cambiando de rumbo, pues toda tu vida estarás constantemente desviándote del fin para el que has sido creado. Es la consecuencia heredada de Adán, pero tú enrumba constantemente hacia Jerusalén, el templo de Dios, tu interior.

“Para presentarlo al Señor”: Jesús es presentado al Padre como un hombre en el que no hay tacha. La enemistad que existía entre Dios y el hombre desde el Paraíso ha quedado reconciliada en el Hombre-Dios, Cristo Jesús, presentado al Padre. Quienes toman iniciativa en esta reconciliación de la humanidad son José y María, en la persona de su Hijo, Cristo Jesús.

¿A quién presentas tú la vida de Dios que llevas en ti? —¿Están tus pasos orientados hacia la nueva Jerusalén, la Iglesia de Cristo Jesús?

“(De acuerdo con lo escrito en la Ley del Señor)”: Reitera S. Lucas el cumplimiento de la ley: antes sobre el cumplimiento de la purificación de la Madre, ahora sobre el cumplimiento de la presentación del Hijo. La Sagrada Familia se ajusta en todo a la ley de la antigua alianza. Ellos no se eximen: ¡tú no te eximas!

“Todo primogénito varón será consagrado al Señor”: En recuerdo de la muerte de los primogénitos de Egipto:

«Rescatarás también todo primogénito de entre tus hijos. Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: “¿Qué significa esto?”, le dirás: “Con mano fuerte nos sacó Yahveh de Egipto, de la casa de servidumbre.” Como Faraón se obstinó en no dejarnos salir, Yahveh mató a todos los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado. Por eso sacrifico a Yahveh todo

macho que abre el seno materno, y rescato todo primogénito de mis hijos.» (Ex. 13, 13-15).

No se entiende una vida humana si no está consagrada a Dios. De aquí la importancia de bautizar cuanto antes a nuestros hijos, para que queden consagrados al Señor. De aquí la importancia de consagrarse voluntariamente al Señor al llegar a la discreción de la razón. Y todo lo que sea profanar esta vida consagrada a Dios es crimen nefando. Por tanto, desmundaniza tu vida para que resplandezca en ella tu consagración bautismal y tu consagración personal a Dios.

¿Y por mediación de quién vas a hacer la consagración? –Por mediación de las manos de tu Madre, la SS. Virgen María: ¡Adelante!

“Y para entregar la oblación”: La oblación de las tórtolas o pichones tienen como finalidad el rescate del primogénito. No es todavía el momento de ser sacrificado este cordero, pero andando el tiempo Jesús ya no será rescatado, sino sacrificado, para rescatar a la humanidad.

“(Como dice la Ley del Señor”: Por tercera vez alude S. Lucas al cumplimiento de la ley del Antiguo Testamento por parte de la Sagrada Familia. Ellos no se eximen: ¡tú no te eximas, aunque te atraviese la espada de dolor!

“Un par de tórtolas o dos pichones”: Era la ofrenda de los pobres. Los que podían ofrecían, además, un cordero de un año.

Una tórtola era ofrecida en *holocausto*, es decir, que se la quemaba totalmente, sin que el oferente ni el sacerdote recibieran nada de ella.

La otra tórtola era ofrecida en *sacrificio*, es decir, que se le ofrecía a Dios como un bien personal a fin de satisfacer una obligación impuesta por Dios.

Aquí hay un misterio que se cumple en Cristo Jesús con su entronización en el Templo: algo que es cauterizado, destruido por completo, y algo que es ofrecido, transferido como don.

¿Qué es cauterizado y qué es ofrecido? –Totalmente es *cauterizado* el pecado de la humanidad. Totalmente es *ofrecida* la vida del consagrado.

Con esta doctrina debes entender que hay algo en ti que debe ser cauterizado aquí, para que no lo sea allá: tu pecado. Pero, además, debes hacer ofrecimiento de tu vida al Señor en total consagración:

«El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará.» (Mt. 10, 38-39).

“Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón”: Nombre hebreo (Sim'on) que significa “Dios ha oído”:

«Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y dijo: “Yahveh ha oido que yo era aborrecida y me ha dado también a éste.” Y le llamó Simeón.» (Gén. 29, 33).

No dice S. Lucas que fuera de edad avanzada, aunque se desprende de las expresiones “aguardaba el consuelo de Israel” y “puedes dejar a tu siervo irse en paz”, es decir, se estaba retrasando la edad en que el hombre suele partir de este mundo.

“Hombre honrado y piadoso”: Iluminado por la luz de las naciones, estaba capacitado para ver al Salvador. Dios ilumina a todos: “a quien has presentado ante todos los pueblos”, pero sólo lo ve quien es “honrado y piadoso” como el anciano Simeón. Purifícate si quieres encontrarte con Dios: confiesa, ora, haz penitencia: ama.

La cualificación que hace la Sagrada Escritura del anciano Simeón como “hombre honrado y piadoso”, está indicando la condición que debe adornar el hombre en la espera del Señor que viene.

En cuanto a la vertiente entitativa, Simeón es honrado, y en cuanto a la vertiente dinámica, es piadoso.

“Que aguardaba el Consuelo de Israel”: Así designaban los rabinos al Mesías esperado. Jesús queda definido como el consolador de su pueblo Israel. La pretensión autosalvadora de la humanidad había fracasado, pero vivía con la esperanza de que llegara la auténtica salvación.

“Y el Espíritu Santo moraba en él”: Simeón era un hombre de santidad cualificada, estaba movido por el Espíritu Santo con espíritu profético, pero fundamentalmente lo había hecho “*hombre honrado y piadoso*”.

“Había recibido un oráculo del Espíritu Santo”: Da a entender S. Lucas que Simeón era un hombre iluminado por el Espíritu Santo, que su vida estaba dirigida por Dios. Simeón se mueve en una perspectiva de profecía, como los antiguos profetas de Israel.

“Que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor”: *Ver la muerte* es la actividad heredada de Adán, y *ver a Dios* es la actividad heredada de Cristo Jesús. Ambas realidades se dan en los tristes mortales: pagas tributo al pecado, pero gracias sean dadas a Dios por Jesucristo:

«¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, mas con la carne, a la ley del pecado.» (Rom. 7, 25).

“Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo”: Como hombre carismático inspirado y asistido por Dios, Simeón acude al Templo al encuentro del Señor. Ha llegado la hora del encuentro.

“Cuando entraban con el Niño Jesús sus padres”: Todavía no habían hecho el ofrecimiento del Niño Jesús y la purificación de su Madre María, pues no hacían más que iniciar la entronización en el Templo.

“Para cumplir con Él lo previsto por la ley”: Es la cuarta vez que en este pasaje se alude al cumplimiento de la ley prescrita en el Antiguo Testamento para el pueblo judío. La Sagrada Familia no se exime: ¡tú no te eximas de cosa alguna, aunque te amenace la espada del dolor!

“Simeón lo tomó en brazos”: Reconoció en el Niño Jesús al Mesías esperado, pues Simeón poseía el carisma de profecía. Y lo toma en brazos como gesto de amor entrañable.

El gesto de Simeón, el anciano en días, representa al Padre eterno, anciano también en días, imagen de su eternidad, tomando en brazos a su Unigénito:

«Se aderezaron unos tronos y **un Anciano** se sentó. Su vestidura, blanca como la nieve; los cabellos de su cabeza, puros como la lana.... Y he aquí que en las nubes del cielo venía como **un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia.** A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.» (Dan. 7, 9, 13-14).

Si la espada del rey Herodes va a perseguir al Hijo de Dios, el Anciano lo acogerá en su regazo: el mundo persigue a Dios, espada en mano; la Iglesia acoge en su regazo al Hijo de Dios, como a su Señor y Redentor.

La ancianidad de Simeón representa también muy a lo vivo la caudicidad de la Antigua Ley, que había envejecido, pero que abraza y bendice la Nueva Ley de la salvación.

“Y bendijo a Dios diciendo”: La bendición a Dios ha sido el oficio de la vida entera de Simeón, pero ahora, ante la realidad esperada, se enciende Simeón en alabanzas y bendiciones.

“Ahora, Señor”: Llegó el momento en que se establece la paz en la tierra. Por fin se pudo quebrar la cadena de esclavitud que tenía aherrojada a la humanidad entera.

“Según tu promesa”: La promesa anunciada al anciano Simeón.

“Puedes dejar (libre) a tu siervo”: La expresión “ἀπολύεις” es la acción de liberar a un esclavo: “dejar libre”, “soltar”.

La mención al “Señor (*Δέσποτα*)” y al “siervo (*δοῦλόν*)” indica este nuevo estado liberador que ha venido a traer el Niño que entra en el Templo.

La vida de Simeón ha sido un servicio de *esclavo voluntario* a la orden de su Señor, pero ahora la muerte le otorga la manumisión que están esperando todas las criaturas. La vida de Simeón es modelo de la vida cristiana: vida al *servicio voluntario* a Dios durante el tiempo, aunque esclavizado por las consecuencias del pecado, pero liberado graciamente en la muerte.

“Irse en paz”: Al quedar libre de la esclavitud, se alcanza la paz. Es el pájaro que escapa de la jaula, se va en paz. Así, el hombre que sale de la jaula de este mundo, alcanza la paz anunciada por el Espíritu Santo: “según tu palabra”.

El anciano Simeón, que es imagen de Dios, Anciano en días, expresó su retirada en paz al contemplar al Hijo. ¿Qué quiere decir esto? – Que Dios ya puede mirar al hombre, su Hijo, nuevo Adán, con la complacencia que había mirado al primer Adán del paraíso al crearlo. Si la retirada de Dios en el paraíso fue traumática por el pecado de Adán y Eva, ahora sí puede “irse en paz” el Anciano. Ha quedado la creación en buenas manos, Jesús y María. Por tu parte, ten confianza en Jesús y María, y te salvarán de la ruina de Adán y de Eva.

“Porque mis ojos han visto a tu Salvador”: Es la explicación del porqué “puede irse en paz” el anciano Simeón: “ha visto al Salvador”.

Tú no podrás tener paz ni libertad mientras que los ojos de tu fe no hayan visto a Dios, “tu Salvador”. ¡Ay de aquel que muera sin haber visto a Dios! –Escuchará aquella mala noticia:

«En verdad os digo que **no os conozco.» (Mt. 25, 12).**

Pero quien vive como Simeón al servicio de Dios aguardando su venida, será dichoso viéndose liberado de las férreas ataduras de la muerte.

Pero, ¿cómo podrás tú ver al Salvador? –Para ver a Dios, tu Salvador, te es necesario que aceptes íntegro todo el magisterio divino interior (conciencia) y exterior (Sagrada Escritura, Tradición, Magisterio de la Iglesia).

El texto bíblico dice “*tu salvación*”, en abstracto; no dice el concreto: “*Salvador*”. Ahora bien, como en Dios es el único caso en que el abstracto se identifica con el concreto, muy bien se puede decir “*tu Salvador*”. Pero en este caso se pierde un tanto la visión de la acción salvadora del Salvador, la cual queda explicitada de modo patente en el abstracto: “*salvación*”.

“A quien has presentado ante todos los pueblos”: No sólo al pueblo de Israel, sino a todos los pueblos de la tierra, pues la salvación es universal, como ya había preconizado el profeta Isaías:

«Lo que vio Isaías, hijo de Amós, tocante a Judá y Jerusalén. Sucederá en días futuros que el monte de la Casa de Yahveh será asentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones, y acudirán pueblos numerosos. Dirán: “Venid, subamos al monte de Yahveh, a la Casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos.” Pues de Sion saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahveh. Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos.» (Is. 2, 1-4)

«Yo, Yahveh, te he llamado en justicia, te así de la mano, te formé, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes.» (Is. 42, 6).

«Poco es que seas mi siervo, en orden a levantar las tribus de Jacob, y de hacer volver los preservados de Israel. Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra.» (Is. 49, 6).

“Luz para alumbrar a las naciones”: Se explaya el anciano Simeón en el anuncio del universalismo salvífico que trae el Niño Dios, que ahora lo presenta como luz:

*«Jesús les habló otra vez diciendo: “Yo soy la **luz del mundo**; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.”» (Jn. 8, 12).*

El anciano Simeón anuncia a todos los pueblos y generaciones que la única luz que verdaderamente alumbría verdad es la luz divina de la que es portador el Niño Dios. Pero el demonio se esfuerza fanatizando a los poderes de este mundo para presentarnos una luz que es tiniebla:

«Si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!» (Mt. 6, 23).

Hoy día se ha querido amalgamar la tiniebla del mundo con la luz de la Iglesia del Señor. El resultado final no puede ser otro que el de la máxima corrupción, como puedes contemplar con tus propios ojos. Mi

querido hermano, no permitas que el mundo entre en el recinto sagrado de tu corazón. Ahí sólo entra Dios.

“Y gloria de tu pueblo Israel”: La salvación de todas las gentes que reciban al Niño Dios, es gloria de Israel, pues la salvación viene de Israel:

«Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos.» (Jn. 4, 22).

“José y María, la Madre de Jesús”: No dice el texto “*José y María*”, sino “*su padre y su madre*”, pero se entiende que se refiere a José y María. La liturgia explicita los nombres de sus padres para poner juntos los tres nombres de la Sagrada Familia: Jesús María y José.

“Estaban admirados por lo que se decía del niño”: Se habían dicho demasiadas cosas y habían ocurrido otras tantas, y todas muy juntas, como para que ahora no se inmutasen. ¿Qué había ocurrido?:

- La génesis del Bautista de padres ancianos y estériles.
- La Encarnación del Señor.
- El saludo profético de Isabel.
- La liberación de la mudez de Zacarías.
- La profecía de Zacarías al soltársele la lengua.
- La admiración de las gentes por lo que ocurría en torno al nacimiento del Bautista:

«Invadió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se comentaban todas estas cosas; todos los que las oían las grababan en su corazón, diciendo: “Pues ¿qué será este niño?” Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él.» (Lc. 1, 65-66).

- El nacimiento virginal de Dios en el tiempo.
- El cántico y anuncio de los Ángeles a los pastores.
- Los pastores acudiendo a Belén y diciendo maravillas.
- El asombro de las gentes que escuchaban a los pastores:

“Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.” Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo

que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.» (Lc. 2, 15-19).

“Simeón los bendijo diciendo a María, su Madre”: Ignoramos la fórmula de bendición que utilizó Simeón. La bendición correspondía a los sacerdotes. Los padres también podían dar sus bendiciones, sin embargo S. José y la SS. Virgen María acuden al Templo para recibir la bendición del sacerdote, pero les sale al encuentro el anciano, que, como profeta, también podía bendecir: y Simeón bendice y luego profetiza.

La bendición alcanzó a toda la Sagrada Familia, pero la profecía sólo alcanzaba a Jesús y María. Simeón une a Jesús-María como nueva humanidad, en sustitución de aquel fracasado Adán-Eva.

“Mira: éste está puesto”: la expresión “*está puesto (κεῖται)*” indica la vocación a la que es destinado Jesús, como puedes ver en S. Pablo:

«*Yo estoy puesto para defender el Evangelio.*» (Fil. 1, 16; cf. 1 Tes. 3, 3).

“Para que muchos en Israel caigan y se levanten”: Más bien el texto dice “caída y levantamiento”: “*Éste está puesto para caída y levantamiento*”. La primera hipótesis parece indicar que la presencia de Jesús va a propiciar el levantamiento de los mismos que caigan por su causa. La segunda hipótesis indica que la presencia de Jesús hace que unos caigan y otros se levanten, sin prejuicio de que algunos de los que caigan, también se levanten, aunque otros no se levantarán: Judas, Anás, Caifás, Herodes, ¿Pilato...?

¿Hay aquí una alusión a la caída del pueblo judío y un resurgir del pueblo pagano? –Si no se da aquí esta alusión, sí se dará el hecho.

Simeón parece que ha querido hacer más fuerza en la “caída” que en el “levantamiento”, pues pone la “caída” en primer lugar; no tanto por el valor de la acción en sí, cuanto por lo dramático del sentimiento que le afecta al anciano Simeón.

“Será como una bandera discutida”: Leemos en griego: “σημεῖον ἀντιλεγόμενον”, que literalmente sería “señal que es contradicha”. El “signo” es un dato de cierta relevancia, como un milagro, que propicia esa doble reacción ante su presencia: aceptación-rechazo. El sentido de la

“bandera discutida” se entiende, pero no expresa todo el contenido de la realidad milagrosa intentada por Simeón.

Parece que el texto se inspira en el profeta Isaías:

«Aquí estamos yo y los hijos que me ha dado Yahveh, por señales y pruebas en Israel, de parte de Yahveh Sebaot, el que reside en el monte Sion.» (Is. 8, 18).

Si Cristo Jesús es signo de contradicción, ¿de qué contradicción se trata? –De la división que va a traer en los hombres la aceptación de Jesús en unos y el rechazo en otros:

«No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y enemigos de cada cual serán los que conviven con él.» (Mt. 10, 34-36).

«¿Creéis que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.» (Lc. 12, 51-53).

El anuncio a la Madre de Dios, de que Jesús está puesto como “contradicción”, es también anuncio de que a Ella le alcanza igualmente el “signo de contradicción”. No debe hacerse ilusiones, ni engañarse por el gozo de presente, pues llegará el dolor, que compartirá con su Hijo en la restauración de la humanidad.

No es laudable, al modo humano, la predicación de Simeón. No es consoladora su palabra, al modo humano, para con la Madre de Dios. ¡Aprende, tú que buscas contentar tu ánima con no sé qué discursos ilusos! El “buenismo”, tan de moda en nuestro tarado mundo, no goza de la bondad verdadera que surge de la misericordia revelada.

Sin embargo, la noticia es buena, pues se redime al hombre; pero no en el placer, sino en la cruz.

“Así quedará clara”: Mejor todavía: “sean revelados” (“ἀποκαλυφθῶσιν”). Ante Cristo Jesús no caben camuflajes, no caben indiferencias ni pasotismos, sino que se toma postura ante Él y queda puesta fuera de sí toda actitud humana: unos siguiéndolo, otros combatiéndolo.

“La actitud” (“διαλογισμοί”): La debemos traducir por “pensamientos”, da una connotación más radical y causal de la postura interior que se adopta ante Jesús. Aquí “pensamientos” tiene tinte negativo: suspicacia, malevolencia...

“De muchos corazones”: No quiere decir el texto que, si existen hombres descubiertos como adversos a Jesús, existen también otros hombres que no quedan especificados por su actitud ante Jesús. Lo que quiere decir es que son muchos los que no acogen con amor a Dios en su corazón.

“Y a ti, una espada te traspasará el alma”:

«LA ESPADA QUE ATRAVIESA A MARÍA ES SU AFLICCIÓN.

Pero la Virgen, la Bienaventurada que ha sido digna de los dones por encima de la naturaleza, la que al dar a luz escapó de los dolores, los soportó en el tiempo de la pasión. Sufrió el desgarro de las entrañas por la compasión maternal, porque a aquel que ella sabía que era Dios por su nacimiento lo vio muerto como un malhechor. **Su alma se desgarró por estos pensamientos como por una espada.** Esto es lo que significa: “También a ti una espada te atravesará el alma”. Pero la alegría de la resurrección transformó su tristeza. La resurrección proclama que aquel que murió en la carne es Dios.» (S. JUAN DAMASCENO, Exposición de la fe, 4, 14; PTS 12, 202).

La espada amenazante del Paraíso contra la humanidad, descargó su golpe fatal en el Corazón de la Madre. Y de esta suerte tú quedaste libre. María, Corredentora, tenía que imitar al Redentor en lo de la espada, pues era contra Adán, pero también contra Eva:

«Y le echó Yahveh Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de **espada vibrante**, para guardar el camino del árbol de la vida.» (Gén. 3, 23-24).

Y, efectivamente, la espada amenazante descargó su golpe fatal contra el Hombre nuevo y la Mujer nueva, Jesús y María:

«¡Despierta, espada, contra mi pastor, y contra el hombre de mi compañía!, oráculo de Yahveh Sebaot. ¡Hiere al pastor, que se dispersen las ovejas, y yo tornaré mi mano contra los pequeños!» (Zac. 13, 7).

Ya quedó aplacada la ira vengativa que exigía el pecado de la humanidad. Ya quedó traspasada de amargo dolor la Madre y el Hijo: “ya puedes morir en paz”.

¿Puedes acaso vivir sin el alma traspasada, cuando ves a tu Madre, la Traspasada, con el alma traspasada? ¿Qué buscas en este mundo, querido hermano, que no lo halles en la punta de la espada?

El alma, cerrada a Dios, debía ser abierta a punta de espada para que Dios pudiera retornar al lugar que le había arrebatado Adán y Eva, pero en el caso de Jesús y María, ¿qué necesidad había de abrir lo que estaba abierto de par en par? —Jesús y María estaban abiertos a Dios, pero era preciso escenificar que también se abrían a los hombres para su salvación eterna.

“Había también una profetisa”: Una mala noticia surcó las generaciones desde Adán y Eva, cosa que ahora se deshace por el profeta Simeón y la profetisa Ana, para que la buena noticia surque los caminos de la historia. La mala noticia de Adán-Eva fue la muerte, la buena noticia de Simeón-Ana fue la Vida que te viene por Jesús-María.

“Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser”: “Ana” significa “gracia”. Su nombre indica que “Ana” anuncia la gracia que viene por Jesús, autor de la gracia, y también por María, la llena de gracia, la distribuidora de todas las gracias.

El ejercicio de profetisa se aprecia en el Antiguo Testamento:

«María, la profetisa, hermana de Aarón tomó en sus manos un timpano y todas las mujeres la seguían con timpanos y danzando en coro.» (Ex. 15, 20).

«En aquel tiempo, Débora, una profetisa, mujer de Lappidot, era juez en Israel. Se sentaba bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel,

en la montaña de Efraím; y los israelitas subían donde ella en busca de justicia.» (Juc. 4, 4-5).

«*El sacerdote Jilquías, Ajicam, Akbor, Safán y Asaías fueron donde la profetisa Juldá, mujer de Sallum, hijo de Tiqvá, hijo de Jarjás, encargado del vestuario; vivía ella en Jerusalén, en la ciudad nueva. Ellos le hablaron y ella les respondió: “Así habla Yahveh, Dios de Israel: Decid al hombre que os ha enviado a mí: “Así habla Yahveh: Voy a traer el mal sobre este lugar y sobre sus habitantes, según todas las palabras del libro que ha leído el rey de Judá, “porque ellos me han abandonado y han quemado incienso a otros dioses irritándome con todas las obras de sus manos. Mi cólera se ha encendido contra este lugar y no se apagará.”» (2 Rey. 22, 14-17).*

Resulta extraño que S. Lucas indique el ascendiente de Ana, cosa que no hizo con el ascendiente de Simeón. Indica también la tribu a la que pertenecía Ana, no así la tribu de Simeón.

El anciano Simeón aparece sin antepasados, sin conexión con nadie y de improviso, pues así representa mejor al Padre eterno: sin antepasados genealógicos, sin conexión a preexistentes, sin causa precedente.

“Era una mujer muy anciana”: No se indica explícitamente la ancianidad de Simeón, sí la de Ana. Ambos eran de considerable edad. Se presenta la antigua ley gastada y envejecida, pero bendiciendo la hermosa novedad de Jesús y María.

“De jovencita (*παρθενίας*): Debe traducirse por “virginidad”: “desde su virginidad”:

- “Ana” era virgen y se casó, pero duró poco su consorcio; ahora está frente a otra virgen desposada, “María”, pero ésta sigue virgen y para siempre.
- “Ana” es de una virginidad interrumpida; “María” es de perpetua virginidad.
- “Ana” es viuda; “María”, nueva Eva, está maridada con el nuevo Adán, su Hijo. Y esta unión durará para siempre.
- “Ana” desapareció para siempre tras el anuncio profético; “María” permanece para siempre.

“Había vivido siete años casada”: “Siete” es un tiempo de perfección, pero que tiene término. Así, en la antigua ley, el frágil gozo de este mundo duraba poco, tenía una muy larga soledad, pero alcanzó su plenitud en el encuentro de Jesús y María.

“Y llevaba ochenta y cuatro de viuda”: Parece que no hay que añadir a los ochenta y cuatro años indicados aquí, los años que vivió virgen, es decir, hasta casarse. Tal vez deberíamos traducir: “*Y quedando viuda, había llegado hasta los ochenta y cuatro años*”, o, “*Y era una viuda con ochenta y cuatro años*”.

“No se apartaba del Templo día y noche”: Al igual que la primera comunidad cristiana después de la Ascensión:

«Y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios.» (Lc. 24, 53).

No quiere decir que los apóstoles tuvieran como residencia el Templo, sino que era un lugar muy frecuentado. Pero en el caso de Ana parece que sí vivía en el Templo, pues eso parece indicar “*día y noche*”.

Nos resulta un tanto novedoso el acontecimiento de la residencia en el Templo, pero eso parece indicar el texto sagrado.

“Sirviendo a Dios con ayunos y oraciones”: La actividad de Ana no es de mero guardiana de algún lugar o cosa sagrada, ni tampoco de limpiadora de lugares sagrados, sino que vivía “*λατρεύονσα (sirviendo, dando culto a Dios)*” con oración y penitencia. Indudablemente se trata de un servicio espiritual y cualificado.

Se trata de un esbozo programático de reforma de vida, es como un preludio de la reforma que estrenará la Iglesia el día de Pentecostés por prescripción del apóstol S. Pedro.

“Acercándose en aquel momento”: Hace coincidir S. Lucas el encuentro de Ana con la Sagrada Familia “*en aquel momento*”, cosa que da a entender que Ana se siente impulsada interiormente, como Simeón, a acercarse al Niño Dios.

“Daba gracias a Dios”: Ana reconoce al Mesías por inspiración del Espíritu Santo.

Esta acción de gracias es el agradecimiento de todo el Antiguo Testamento a Dios, por boca de esta profetisa, ya anciana, porque Dios había enviado a su Mesías, que en ese preciso momento se le entronizaba en el Templo de Dios.

“Y hablaba del niño”: Se había hablado mucho en la tradición bíblica sobre este Niño como futuro liberador de Israel, pero ahora se le anuncia como presente. Es Ana quien alerta a los presentes para que participen de su gozo mesiánico.

“A todos los que aguardaban la liberación de Israel”: El texto griego dice la “redención de Jerusalén (*λύτρωσιν Ἰερουσαλήμ*)”, pero se entiende mejor según el texto litúrgico, pues S. Lucas quiere indicar a todo el “*Israel*” de Dios, que está expresado por su capital, “*Jerusalén*”, como había dicho más arriba el mismo S. Lucas:

«*Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo.*» (Lc. 2, 25).

Con la expresión “*a todos los que aguardaban*” se refiere S. Lucas a los que estaban en el Templo en aquel momento, como estaba anunciado:

«*¡Una voz! Tus vigías alzan la voz, a una dan gritos de júbilo, porque con sus propios ojos ven el retorno de Yahveh a Sion.*» (Is. 52, 8).

De esta mujer viuda, profetisa, religiosa, santa, no conservamos una sola palabra registrada por S. Lucas, pues tiene su pretensión al omitirlas: ha enmudecido la antigua ley. Y esta otra Mujer virginal, Madre de la profecía, religiosísima, santísima, tampoco dice una sola palabra: se abre un sagrado silencio ante la Palabra que entra muda en el Templo. Sólo se oye la voz del anciano, que entona su trova: es el momento en que sólo debe hablar la Palabra creadora, Dios Padre, por boca del anciano Simeón. Se inaugura el nuevo ciclo creador, ahora recreador, restaurador.

“Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor”: Es la quinta vez que alude en este texto al cumplimiento de la ley reseñada

en el Antiguo Testamento: ¡tú no te eximas jamás de cosa alguna preceptuada por Dios para ti, así se hunda el mundo!

“Se volvieron a Galilea”: El término “*ὑπέστρεψαν*” parece tener una cierta connotación de “establecimiento” definitivo, pero también de “retorno”, “regreso”, sin más, que no tiene por qué ser definitivo, sino meramente provisional.

S. Mateo dice que vivieron en Belén hasta la huida a Egipto. Algunos dicen que S. Lucas ha querido dejar aquí constancia de una visita rápida a Galilea, después de los 40 días del parto virginal, fecha en que se presenta al Niño en el Templo. Tal vez S. José, que entendía que el Mesías debía vivir en Belén, decidió liquidar sus pertenencias de Nazaret y establecerse en Belén. Es claro que S. José quería vivir en Belén, pues al regreso de Egipto decidió establecerse allí, aunque luego, por miedo a Arquelao, se fue a Nazaret.

En realidad, transcurren muchas cosas, y mucho tiempo, hasta establecerse definitivamente en Nazaret, al regreso de Egipto. Bien podía ser real esta fugaz visita a Nazaret, pero, que no volvieran a Nazaret, se lo estorba el texto que sigue a continuación, donde aparece una gran estabilidad en Nazaret.

Entonces, ¿hicieron realmente este viaje fugaz? –No se puede afirmar con seguridad, ni tampoco negar.

Si algunos dicen que S. Lucas ha querido saltarse tan grandes acontecimientos, que van desde la presentación del Niño en el Templo hasta el establecimiento definitivo en Nazaret, ¿por qué no pudo también saltarse S. Mateo esta visita fugaz a Nazaret?

“A su ciudad de Nazaret”: Pequeña aldea desconocida en la que Jesús pasó recoleto casi toda su vida con sus padres terrenos.

No aparece entre los profetas, ni en todo el Antiguo Testamento, texto alguno que haga alusión a esta ciudad. Cuando llaman a Jesús “Nazareno” ([Mt. 2, 23; cf. Jn. 18, 5; 19, 19](#)) parece que se hace alusión a su vida oscura y oculta, como se creía en los ambientes judíos referente a Nazaret:

«*¿De Nazaret puede haber cosa buena?*» ([Jn. 1, 46](#)).

«ENTENDIDO COMO NAZARENO POR TODOS LOS PROFETAS.

Cuando dice: “Por medio de los profetas”, no “por medio del profeta”, muestra que no cita la autoridad de una profecía concreta, sino que piensa en el sentido del conjunto de los profetas. Porque todos los profetas llaman nazareno a Jesús, que es lo mismo que santo. También puede ser que leyeron a otros profetas que hablan así, y no se nos transmitieran en el canon de las Escrituras. Hay otros profetas, como Natán y Esdras, que también dejaron escritos. Y que estaba profetizado, lo manifiesta Felipe a Natanael, cuando dice: “Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley los profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José, lo hemos encontrado” (*Jn. 1, 45*). Y por eso también Natanael, que sabía que estaba profetizado, lo confirma con su respuesta: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (*Jn. 1, 46*).» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 2; PG 56, 646).

Con todo, S. Jerónimo hace una interpretación curiosa del pasaje del profeta Isaías, 11, 1, digna de mención en este lugar:

«MARÍA, DEL TRONCO DE JESÉ.

Desde el comienzo de la visión, o de la pesadumbre de Babilonia, que vio Isaías, hijo de Amós, toda esta profecía se refiere a Cristo; profecía que queremos explicar por partes, para [evitar que la exposición] conjunta de lo que son propuestas y de las que son ideas claras no confunda la memoria del lector. Los judíos interpretan la vara y la flor de la raíz de Jesé como referidas al Señor mismo, porque la vara muestra el poder de su gobierno y la flor su belleza. Nosotros, sin embargo, entendemos que la vara de la raíz de Jesé se refiere a Santa María Virgen, que no ha dado un fruto connatural para sí misma. Y de la cual leímos antes: “He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo” (*Is. 7, 14*). Y la flor es el Señor Salvador, que dice en el Cantar de los Cantares: “Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles” (*Cant. 2, 1*). En lugar de “raíz”, que sólo trae la versión de los Setenta, el texto hebreo tiene “geza”, que las traducciones de Aquila, Símaco y Teodoción interpretan como “kor-mon”, esto es, “tallo”. Y ellos traducen “flor”, que el texto hebreo llama “neser”, como “vástago”, para mostrar que, mucho tiempo después de la cautividad de Babilonia, no habiendo nadie que poseyese la gloria del antiguo reino de David, Cristo nació de María, como su vástago. Los eruditos de los hebreos creen que lo que todos los eclesiásticos buscaron en el Evangelio de Mateo y no encontraron –donde está escrito: “Porque será llamado Nazareno” (*Mt. 2, 23*)–, estaba tomado de este lugar. Pero

*hay que anotar que “neser”, cuyo peculiar sonido entre la z y la s no lo expresa la lengua latina (**neser, nezer, nazareno**).» (S. JERÓNIMO, Comentario a Isaías, 4, 11, 1-3; CCL 73, 147).*

“El Niño iba creciendo y robusteciéndose”: La vertiente humana de Jesús va adquiriendo sus propiedades al ritmo evolutivo de la edad humana.

“Y se llenaba de sabiduría”: La acumulación de sabiduría era en Jesús un proceso sin disolución de continuidad: “*se llenaba*”. Es un participio presente: “*πληρούμενος*”: “*ininterrumpidamente se llenaba*”; es decir, iba agigantándose el cúmulo de sabiduría con el desarrollo de la edad. Pero si Jesús es Dios, ¿cómo es que adquiría sabiduría? ¿No es Él la Sabiduría infinita? ¿De dónde le viene ahora la adquisición de sabiduría? —Ciertamente Jesús es Dios, y, como Dios, lo sabe todo y no puede adquirir una ciencia que ya tiene. Tan sólo puede acumular experiencia vital, sabiduría experimental: tuvo experiencia de su profesión, del servicio en el hogar, del cansancio y del descanso, del frío y del calor, del gozo humano y del dolor...

“Y la gracia de Dios lo acompañaba”: Se traslucía la presencia de Dios en la vida de Jesús para el observador atento, como observadora lo era su Madre. Así consigna S. Juan la gracia de Cristo Jesús:

«Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.» (Jn. 1, 14).